

INVESTIGACIÓN NARRATIVA: una forma de generación de conocimientos

Mercedes Blanco

El objetivo principal del texto es contribuir a la difusión de una vertiente dentro de la perspectiva cualitativa en ciencias sociales denominada investigación narrativa. Además de dar cuenta de dónde deriva, cuál ha sido el desarrollo de la investigación narrativa y sus rasgos novedosos dentro del panorama de las ciencias sociales y humanas en la primera década del milenio, se ofrecen dos ejemplos de esta modalidad que constituye, en cierto sentido, un híbrido que se ha nutrido, entre otras influencias, de algunos elementos que utilizan tanto los relatos de vida como los escritos autobiográficos. La temática abordada en las narrativas personales está acotada tanto histórica como socialmente, se trata de las vacaciones familiares en la segunda mitad del siglo XX. Más específicamente, se contemplan experiencias de la infancia de mujeres que pertenecen a una generación, aquellas nacidas en el primer quinquenio de la década de 1950 en la Ciudad de México, y a estratos socioeconómicos medios; de esta manera, se toman en consideración los cruces ya indispensables en muchas investigaciones como son los de género, clase y generación.

ABSTRACT

The aim of the article is to contribute to the diffusion of a field of study within the qualitative perspective in social sciences named narrative inquiry. Apart from pointing out its origins, development and its innovative aspects within the social sciences landscape in the first decade of the millennium, two examples of this modality are offered; they constitute, in a certain way, a hybrid that has been nurtured, among other influences, by some elements that are used in life stories as well as in autobiographical writings. The topic the personal narratives deal with is limited historically as well as socially; its focus is on the family vacations on the second half of the twentieth century. More specifically, they talk about childhood experiences of women that form part of a generation, those born in the first half of the 1950s in Mexico City, and that are considered as middle class; this way, the intersection already essential in many researches between gender, class and generation, is taken into consideration.

INTRODUCCIÓN

El presente texto tiene un doble propósito. Por un lado, contribuir a la difusión de una vertiente dentro de la perspectiva cualitativa en ciencias sociales denominada investigación narrativa (*narrative inquiry*). Por otro lado, ofrecer dos ejemplos de esta modalidad que constituye, en cierto sentido, un híbrido que se ha nutrido, entre otras influencias, de algunos elementos que utilizan tanto los relatos de vida como los escritos autobiográficos. La temática abordada en las narrativas personales que se incluyen al final del texto está acotada tanto histórica como socialmente ya que hace referencia a un fenómeno espacio-temporal muy preciso: el de las vacaciones familiares en la segunda mitad del siglo XX. Más específicamente, se trata de experiencias de la infancia de mujeres que pertenecen a una generación —aquellas nacidas en el primer quinquenio de la década de 1950 en la Ciudad de México— y a estratos socioeconómicos medios; de esta manera, se contemplan los cruces ya indispensables en muchas investigaciones como son los de género, clase y generación.¹

Para dar cuenta de dónde deriva, cuál ha sido el desarrollo de la investigación narrativa y sus rasgos novedosos dentro del panorama de las ciencias sociales y humanas en la primera década del milenio, es posible hacer referencia a varios ejes de discusión pero no es factible abordarlos todos debido a la limitación de espacio, de ahí que, de momento, sólo se señalarán algunos. La discusión más general es la epistemológica, o sea, el ya añejo pero todavía debatible problema de cómo se genera el conocimiento y de lo cual se ha desprendido otro debate ya clásico entre los positivistas, con y sin apellidos, y los antipositivistas de todo tipo. En una vertiente tal vez también epistemológica, es posible abordar la discusión en torno a las fronteras disciplinarias para dar cuenta del desenvolvimiento de lo que actualmente se denomina como investigación narrativa. Algunas posiciones señalan que, aun cuando muchos profesionales de las ciencias sociales están de acuerdo de manera declarativa en la necesidad de propugnar por la inter/multi/disciplinariedad, y también de tener siempre presente que “la realidad” es heterogénea,

¹ El estudio de mujeres de clase media en la Ciudad de México forma parte de un proyecto de investigación propio más amplio que lleva por título “Generación y género: mujeres mexicanas de clase media en la segunda mitad del siglo XX” (CIESAS-DF). En síntesis, se plantea elaborar la historia de una generación de mujeres que ha nacido y vivido en la Ciudad de México en la segunda mitad del siglo XX y en la cual el principal eje organizador es el de cohorte o generación (mujeres nacidas en los primeros años de la década de 1950) cruzado por otros dos ejes analíticos centrales, los de género y clase social (sectores medios). Las narrativas personales que se presentan en esta oportunidad cumplen con los requisitos de haber sido elaboradas por mujeres que nacieron en los primeros años de la década de 1950 y de provenir de hogares de clase media.

múltiple, diversa, compleja y cambiante, e incluso de trascender campos disciplinarios más o menos rígidos o acotados, el problema, como suele suceder frecuentemente en todos los ámbitos de la vida, adquiere otra dimensión cuando llegamos al “cómo”.²

Un camino para ir aterrizando es tomar en cuenta el devenir de la investigación cualitativa, ubicada históricamente, tal como lo hacen, por ejemplo, Norman Denzin e Yvonna Lincoln en varias publicaciones,³ cuando abarcan todo el siglo XX y llegan a fines de la primera década del milenio. Lo que estos autores llaman la época de los “géneros borrosos” (*blurred genres*), entre la década de 1970 y el final de la de 1980, resulta un antecedente directo para la investigación narrativa pues ya se habla de la existencia de una variedad de paradigmas, teorías, métodos y estrategias de investigación, que incluyen una feroz crítica al positivismo y propugnan por aproximaciones más interpretativas. También se señala —de ahí el rasgo distintivo que da nombre a esta etapa— que las fronteras entre las propias disciplinas sociales, y también con respecto a las humanidades, se habían vuelto indefinidas, “borrosas”, se traslapaban. La famosa “crisis de representación” de la década de 1980 y, sobre todo, de la de 1990, que incluye el llamado “giro narrativo”, nos remite, como su nombre lo indica, a la elaboración de textos reflexivos y experimentales que se alejan de la intención de producir leyes generales y universales y se acercan a lo concreto, lo específico, lo cotidiano y lo individual,⁴ así como también a la propuesta de considerar nuevas formas de llevar a cabo investigación social,⁵ entre otras, concebir a la escritura como un método de investigación y no meramente como una forma final de presentación de “resultados”.⁶

² Doreen Massey, “Negotiating disciplinary boundaries”, *Current Sociology*, Sage, California, 1999.

³ Entre otras obras de Norman Denzin e Ivonna Lincoln se puede consultar *Handbook of Qualitative Research*, Sage, California, 1994 y 2000; *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Sage, 2003; “Introduction: The Discipline and Practice of Qualitative Research”, en Norman Denzin e Ivonna Lincoln (eds.), *Strategies of Qualitative Inquiry*, 2003 y, por último, “Evolution of Qualitative Research”, *The Sage Encyclopedia of Qualitative Research Methods*, 2008.

⁴ Wayne Bowman, “Why Narrative? Why Now?”, *Research Studies in Music Education*, Sage, 2006.

⁵ En varios textos he retomado estos debates y discusiones, entre otros, véase Mercedes Blanco, “La autoetnografía como escritura terapéutica: adiós al cigarro”, Carolina Martínez Salgado (comp.), *Por los caminos de la investigación cualitativa. Exploraciones narrativas y reflexiones en el ámbito de la salud*, UAM-Xochimilco, México, 2010.

⁶ O como lo expresa muy sintéticamente, en uno de sus muchos textos, una de sus principales proponentes, la estadounidense Laurel Richardson: “escribir es en sí mismo un método de investigación”. “Writing Theory In(To) *Last Writes*”, Antony J. Puddephatt, William Shaffir y Steven W. Kleinknecht (eds.), *Ethnographies Revisited: constructing theory in the field*, Routledge, 2009, p. 308.

INVESTIGACIÓN NARRATIVA

A pesar del desarrollo y la ya casi incuestionable utilidad de lo que ampliamente se conoce como la vertiente cualitativa desde la cual se lleva a cabo investigación en las ciencias sociales se puede decir que, en el contexto académico mexicano, la práctica de lo que se designa como investigación narrativa todavía no es muy común. De entrada, esta afirmación podría sonar un tanto contradictoria ya que para muchos científicos sociales los métodos cualitativos en general y, en particular, disciplinas como la antropología social o la historia oral, están asociados no sólo al enfoque cualitativo sino a la realización de trabajo de campo y, por lo tanto, a la descripción etnográfica que, necesariamente, utiliza recursos narrativos. Si bien el territorio de la investigación narrativa no cuenta con fronteras rígidamente definidas, ya que más bien se caracteriza por la intersección disciplinaria, sus proponentes la consideran epistemológicamente como una manera diferente de conocer el mundo.⁷ Es decir, a diferencia del quehacer tradicional de las ciencias sociales, el narrar o contar historias no es sólo un elemento más en todo el proceso de investigación sino que, para esta vertiente, se constituye en “un método de investigación”.⁸

Si bien puede afirmarse que la vertiente de la investigación narrativa está apenas en pleno desarrollo pues incluso los criterios desde los cuales puede evaluarse un trabajo de este tipo están también aún en construcción,⁹ durante la primera década del nuevo milenio ha ido adquiriendo gran presencia.¹⁰ Uno de sus antecedentes lo constituye la fundación en 1986 de un grupo académico interdisciplinario denominado *The Personal Narratives Group* que en 1989 lanzó su primer libro.¹¹ Las editoras de lo que luego se convertiría en una serie señalan posteriormente que desde los primeros años de la década de 1990 surgieron claros esfuerzos por elaborar y apoyar la publicación de “contribuciones

⁷ Jean Clandinin (ed.), *Handbook of Narrative Inquiry: Mapping a Methodology*, Sage, 2007; Harold Lloyd Goodall, *Writing Qualitative Inquiry. Self, Stories, and Academic Life*, Left Coast Press, California, 2008.

⁸ Leonard Webster y Patricie Mertova, *Using Narrative Inquiry as a Research Method. An introduction to using critical event narrative analysis in research on learning and teaching*, Routledge, Nueva York, 2007.

⁹ Jean Clandinin (ed.), *Handbook of Narrative Inquiry: Mapping a Methodology*, 2007.

¹⁰ Laurel Richardson, “Writing Sociology”, *Cultural Studies <=> Critical Methodologies*, Sage, 2002; Liz Stanley, “Madness to the method? Using a narrative methodology to analyse large-scale complex social phenomena”, *Qualitative Research*, Sage Publications, 2008.

¹¹ The Personal Narratives Group (ed.), *Interpreting Women's Lives: Feminist Theory and Personal Narratives*, Indiana University Press, 1989.

académicas que se aproximaran a la vida humana desde una perspectiva narrativa”.¹² Dicho empeño se debía, entre otras cosas, al hecho de que, dentro de los cánones tradicionales de las ciencias sociales (sobre todo, y todavía, de corte positivista), no se impulsaba el ejercicio de nuevas formas de generar y presentar información y conocimientos y, menos aún, se les daba cabida en las publicaciones académicas conocidas. Fue a principios de la década de 1990 que empezó a aparecer específicamente el término de *narrative inquiry* en algunas publicaciones del mundo anglosajón.¹³

De esta manera, y aún al final de la primera década del nuevo milenio, no hay una definición única de lo que se entiende por investigación narrativa y sus practicantes ofrecen visiones relativamente diversas.¹⁴ Sin embargo, uno de los elementos que la caracteriza, y en torno al cual hay consenso,¹⁵ es que la investigación narrativa tiene como eje de su análisis a la experiencia humana, más específicamente “la investigación narrativa está dirigida al entendimiento y al *hacer sentido* de la experiencia”.¹⁶ De manera más amplia algunos de los impulsores de este tipo de generación de conocimientos ofrecen la siguiente explicación:

Los argumentos para el desarrollo y uso de la investigación narrativa provienen de una óptica de la experiencia humana en la que los seres humanos, individual o socialmente, llevan vidas que pueden historiarse. Las personas dan forma a sus vidas cotidianas por medio de relatos sobre quiénes son ellos y los otros conforme interpretan su pasado en función de esas historias. El relato, en el lenguaje actual, es una puerta de entrada a través de la cual una persona se introduce al mundo y por medio de la cual su experiencia del mundo es interpretada y se transforma en personalmente significativa. Vista de esta manera, la narrativa es el fenómeno que se estudia en este tipo de investigación. La investigación narrativa, el estudio de la experiencia como un relato, entonces, es primero que nada y sobre todo una forma de pensar sobre la experiencia. La investigación narrativa como una metodología implica una visión del fenómeno [...] Usar la metodología de la

¹² Amia Lieblich y Ruthellen Josselson (eds.), *The Narrative Study of Lives*, vol. 5, Sage, California, 1997, p. ix.

¹³ Michael Connelly y Jean Clandinin, “Stories of experience and narrative inquiry”, *Educational Researcher*, 19 (5), 1990.

¹⁴ Catherine Kohler Riessman, *Narrative Methods for the Human Sciences*, Sage Publications, Thousand Oaks, California, 2008.

¹⁵ Sobre el tema véase Alexandra Georgakopoulou, “The other side of the store: towards a narrative analysis of narratives-in-interaction”, *Discourse Studies*, vol. 8, núm. 2, Sage Publications, 2006.

¹⁶ Jean Clandinin y Michael Connelly, *Narrative Inquiry. Experience and Story in Qualitative Research*, Jossey-Bass, San Francisco, California, 2000.

investigación narrativa es adoptar una óptica narrativa particular que ve a la experiencia como el fenómeno bajo estudio.¹⁷

Los mismos especialistas aceptan que la investigación narrativa comparte una serie de características con otras formas o estilos de hacer investigación del enfoque cualitativo, entre los más conocidos están los que se identifican como autobiografía y relatos de vida, y entre los nuevos estilos aparece la denominada autoetnografía.¹⁸ Estos géneros nos remiten, entre otras cosas, por un lado, a la propuesta epistemológica que sostiene que “es posible leer una sociedad a través de una biografía”.¹⁹ O como afirman los especialistas en la investigación narrativa: “los relatos son artefactos sociales que nos hablan tanto de una sociedad y una cultura como lo hacen de una persona o un grupo”.²⁰ Este tipo de afirmaciones todavía causan polémica, a pesar de que desde hace años se han matizado con consideraciones como la siguiente:

El individuo no totaliza una sociedad global directamente. Lo hace a través de la mediación de su contexto social inmediato y de los grupos limitados de los cuales forma parte [...] De igual manera, la sociedad totaliza a cada individuo específico a través de las instituciones mediadoras.²¹

Por otro lado, también permanece el debate en torno a lo que algunas vertientes teórico-metodológicas en ciencias sociales todavía consideran como la necesaria distinción entre lo “propriadamente científico” y lo literario,²² y aquellas a las que les parece que esta

¹⁷ Jean Clandinin, Debbie Pushor y Anne Murray Orr, “Navigating Sites for Narrative Inquiry”, *Journal of Teacher Education*, Sage, 2007, p. 22.

¹⁸ En otro texto he abordado de manera detallada las similitudes y diferencias que existen entre la autobiografía, los relatos e historias de vida, y otra modalidad conocida desde la década de 1990 como autoetnografía, que forma parte de la diversidad que se produjo a raíz del “giro narrativo”. Véase Mercedes Blanco, “¿Autobiografía, relato de vida o autoetnografía?” (en dictamen), *Desacatos. Revista de Antropología Social*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 2010.

¹⁹ Esta afirmación proviene de Franco Ferraroti —figura señera en el desarrollo del método biográfico— en una entrevista que concedió en 1986 y a la cual hacen referencia los autores Montserrat Iniesta y Carles Feixa, “Historia de vida y ciencias sociales. Entrevista a Franco Ferraroti”, *Revista de Recerca i Formació en Antropologia. Perifèria*, 2006, p. 11.

²⁰ Catherine Kohler Riessman, *Narrative Methods for the Human Sciences*, Sage, 2008, p. 105.

²¹ Franco Ferraroti, “Biografía y ciencias sociales”, *Cuadernos de Ciencias Sociales 18. Historia oral e historias de vida*, Flacso, San José, Costa Rica, [1983] 1988, p. 94.

²² Martyn Hammersley, *Questioning Qualitative Inquiry: Critical Essays*, Sage, Londres, 2008.

diferenciación es no sólo imposible de llevar a cabo de manera tajante sino que, incluso, se ubican en la vertiente que afirma que, de hecho, los textos que se producen en las ciencias sociales y en las humanidades son necesariamente interpretativos y, además, no es viable brindar verdades “absolutas” o “totales”.²³ Si bien, entonces, los estilos, modalidades y subgéneros que cobija el enfoque cualitativo pueden tener tal cantidad de comunes denominadores que resulte a veces un tanto difícil distinguirlos, la investigación narrativa se diferencia, sobre todo, porque afirma: “escribir es también una forma de ‘conocimiento’ –un método de descubrimiento y análisis”.²⁴ Por ello, algunos autores²⁵ señalan que debemos considerar la temporalidad, la ubicación histórica y geográfica; mirar los acontecimientos como parte de un proceso y la intersección entre lo microsociedad y lo macroestructural. Además, como se ha señalado, la investigación narrativa se caracteriza por ser multidisciplinaria y también por la imprescindible inclusión del ámbito subjetivo y de las experiencias personales.

Como todo tipo de generación de conocimientos, a la investigación narrativa se le pueden encontrar ventajas y desventajas. Sus detractores argumentan básicamente las mismas críticas que para el conjunto de los métodos cualitativos, entre otras, la imposibilidad de generalización²⁶ con lo cual es posible afirmar que, al parecer, muchos críticos todavía no entienden que el enfoque cualitativo no se plantea como uno de sus objetivos la representatividad estadística; por supuesto, el espíritu positivista siempre alegrará la falta de “rigurosidad científica”, el sesgo disciplinario hacia la literatura e incluso la descalificación que implica decir que “se trata sólo de contar historias”.²⁷ Para sus defensores y practicantes la investigación narrativa implica mucho más que sólo escuchar, grabar o recolectar historias y relatos.²⁸ Es más, aseguran que “como todo

²³ Norman Denzin, “Apocalypse Now. Overcoming Resistances to Qualitative Inquiry”, *International Review of Qualitative Research*, Left Coast Press, California, 2009.

²⁴ Laurel Richardson, “Writing. A Method of Inquiry”, Norman Denzin e Yvonna Lincoln (eds.), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Sage, California, 2003, p. 499.

²⁵ Michael Connelly y Jean Clandinin, “Narrative Inquiry”, J.L. Green, G. Camilli y P. Elmore (eds.), *Handbook of complementary methods in education research*, Lawrence Erlbaum, Nueva Jersey, 2006.

²⁶ Laura Ellingson, *Engaging Crystallization in Qualitative Research*, Sage, California, 2009.

²⁷ Como bien lo apuntan, entre otros, Mary Jo Maynes, Jennifer Pierce y Barbara Laslett, *Telling Stories. The use of personal narratives in the social sciences and history*, Cornell University Press, 2008.

²⁸ Véanse, entre otros, Jean Clandinin y Michael Connelly, *Narrative Inquiry. Experience and Story in Qualitative Research*, op. cit.; Harold Lloyd Goodall, *Writing Qualitative Inquiry. Self, Stories, and Academic Life*, Left Coast Press, Walnut Creek, California, 2008; además, Karen Henwood, Nick Pidgeon, Karen Parkhill y Peter Simmons, “Researching Risk: Narrative, Biography, Subjectivity”, *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, art. 20, 2010.

tipo de investigación en ciencias sociales, la investigación narrativa requiere evidencias, plausibilidad interpretativa y un pensamiento disciplinado”.²⁹

NOTA METODOLÓGICA: CÓMO SE GENERARON LAS NARRATIVAS

Según algunos reconocidos impulsores de la investigación narrativa,³⁰ una de las maneras más recomendables de aprender y ejercitarse en la puesta en práctica de esta modalidad de generación de conocimientos es formando parte de pequeños grupos de personas que se reúnen con frecuencia para compartir sus textos narrativos. Los dos relatos que se incluyen en esta ocasión fueron elaborados precisamente en el contexto de un pequeño grupo de mujeres³¹ que forman parte de un taller cuyo objetivo es el aprendizaje y ejercicio de la escritura autobiográfica; en cierto sentido, se acerca bastante a lo que algunos autores denominan como “investigación autobiográfica colaborativa”.³² La actividad específica del grupo es la escritura de pequeñas narrativas autobiográficas para lo cual cada una de las integrantes se guía por temas comunes que son propuestos por la coordinadora y, a veces, por las propias asistentes. Posteriormente, los textos son leídos en voz alta para que todo el grupo pueda expresar sus comentarios, sugerencias, dudas y críticas, de esta manera, se da una constante interacción oral y escrita entre todas las participantes. La elaboración de este tipo de narrativas por mujeres que cuentan con ciertas características sociodemográficas y socioeconómicas (como las que ya se han señalado) remite no sólo a aquello que algunos autores refieren como el “conocimiento situado”³³ sino también

²⁹ Cita de M. Connelly y J. Clandinin contenida en Jean Clandinin, Debbie Pushor y Anne Murray Orr, “Navigating Sites for Narrative Inquiry”, *op. cit.*, p. 31.

³⁰ Jean Clandinin y Michael Connelly, *Narrative Inquiry. Experience and Story...*, *op. cit.*

³¹ Como se mencionó en la introducción para el caso del proyecto más amplio, también las seis mujeres que asisten al taller pertenecen a la misma generación, en el sentido de que nacieron todas en el primer quinquenio de la década de 1950, sus familias de origen y procreación pueden ser ubicadas en los sectores o clases medias y cuentan con niveles de escolaridad universitarios.

³² Judith Lapadat, “Writing our way into shared understanding: collaborative autobiographical writing in the qualitative methods class”, *Qualitative Inquiry*, Sage Publications, 2009, p. 958.

³³ La investigadora feminista Donna Haraway acuñó este término para criticar aquellos supuestos epistemológicos que sustentaban la posibilidad de la existencia no sólo de un único tipo de conocimiento sino de la observación “objetiva”; en cambio, el “conocimiento situado” hace referencia a lo parcial y lo contextual de la generación del conocimiento y, por lo tanto, afirma la posibilidad de múltiples conocimientos. De entre la vasta obra de esta autora véase: “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”, *Feminist Studies*, 1988 y *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, Free Association Books, Londres, 1991.

son una forma diferente de “hacer historia” por cuanto los relatos personales remiten a contextos históricos y sociales específicos.

[Esto sin olvidar que] el que narra selecciona, relata y le da una fuerza interpretativa a recuerdos específicos [...] Las narrativas autobiográficas se vuelven más complejas por el contexto en el que son producidas –para quién o con quién se construye el relato, el momento y la situación en que se da la elaboración, y el propósito.³⁴

De esta manera, los dos ejemplos que se ofrecen más adelante no sólo proporcionan un relato de cómo se vivieron experiencias infantiles específicas, como es el caso de la visita a otros lugares geográficos que eran diferentes de aquellos que se habitaban cotidianamente, sino que hablan de algunos de los posibles significados de dichas experiencias, tanto en la infancia como en la adultez, dándole así sentido a las mismas.

BREVE CONTEXTUALIZACIÓN

En esta oportunidad parece más pertinente conceder mayor espacio a las propias narrativas que a la exposición de algunos elementos macroestructurales, tales como la definición de los sectores o clases medias³⁵ y la discusión en torno a lo que constituye una generación,³⁶ sobre todo tomando en cuenta que ya se ha hecho en otros textos. Sin embargo, sí ameritan algunos señalamientos someros dos encuadres contextuales porque resultan muy específicos para el tema que se aborda en las narrativas que se presentan al final. Se trata del estudio de la infancia y de aquel periodo temporal mundialmente conocido –y habría que decir anhelado– como vacaciones. Se podría agregar que por tratarse del caso de México y, más puntualmente, de la década de 1960, no estaría de más ofrecer un panorama sociohistórico y cultural del periodo en cuestión pero tal tarea rebasa los objetivos del presente texto.

³⁴ Judith Lapadat, “Writing our way into shared understanding...”, *op. cit.*, p. 958.

³⁵ Para la discusión general en torno a las dificultades que entraña la definición de las clases medias y, en particular, la referencia al grupo estudiado en la investigación mencionada en el primer pie de página del presente texto, véase M. Blanco, “Expulsión del paraíso: estudio de caso de una trayectoria laboral femenina heterogénea entre las clases medias” (en dictamen), Ma. Eugenia de la O. (coord.), *Mujeres y diversidad laboral en México*, Universidad de Guadalajara, 2010.

³⁶ Véase M. Blanco, “Trayectorias laborales y cambio generacional: mujeres de sectores medios en la Ciudad de México”, *Revista Mexicana de Sociología*, año LXIII, núm. 2, abril-junio, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, 2001.

El estudio de la familia ha sido motivo de investigación desde las más diversas disciplinas, las ciencias sociales, por supuesto, no sólo han estado presentes sino que sus contribuciones son centrales; entre otras muchas, propugnar porque la familia sea concebida como un universo complejo y desigual, en vez de homogéneo y siempre solidario, y la necesaria consideración de que la familia está formada por una variedad de integrantes que también responden a los cruces básicos de género y generación lo cual, entre otras cosas, deriva en el análisis de las familias en plural y no en singular puesto que las composiciones que presentan son diversas y no responden a un único modelo.

Dentro de este amplio panorama la infancia permaneció durante muchos años como un ámbito casi invisible, lo mismo que el mundo femenino que tanto se han afanado los estudios de la mujer, primero, y la perspectiva de género, después, en sacar a la luz. Es muy conocido el señalamiento de que en buena medida fue el historiador francés Philippe Ariés³⁷ el que a principios de la década de 1960 dedicó parte de su investigación al estudio de la infancia europea a lo largo de los siglos y, sobre todo, el que señaló que la noción o el concepto de infancia era bastante reciente en la historia universal. Ya a fines de la primera década del nuevo milenio el estudio de la infancia es mucho más frecuente y es motivo de preocupación de una variedad de disciplinas y campos interdisciplinarios. Lo más usual, por lo menos en los países del tercer mundo, es que la investigación social y la denuncia pública se hayan ocupado de la infancia vulnerable, en pobreza, víctima de violencias de todo tipo.³⁸ En países altamente industrializados algunos autores ya hablan de “nuevos estudios de la infancia”, vertiente que contempla no sólo a la niñez sino también a la adolescencia y en la cual son vistos como actores sociales al mismo nivel de los adultos pues se considera que también tienen la capacidad de construir sus vidas, de reflexionar, de interpretar sus mundos, o sea, ya no se entiende la educación y la socialización como una interacción unilateral que simplemente se impone a los niños y a los adolescentes.³⁹

A diferencia de esta nueva conceptualización de la infancia que nos ha traído el cambio de milenio, las narrativas que se presentan en esta oportunidad, por una parte, nos hablan

³⁷ Philippe Ariés, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Taurus, Madrid, 1987 (el libro original en francés se publicó en 1960).

³⁸ Simplemente como ejemplo puede consultarse una variedad de publicaciones de la doctora Elena Azaola sobre situaciones de vulnerabilidad extrema durante la infancia que abarcan, entre otros temas, la prostitución y la explotación sexual (*Infancia robada. Niñas y niños víctimas de explotación sexual en México*, UNICEF/DIF/CIESAS, México, 2000) y a los menores infractores (*Los niños de la correccional: fragmentos de vida*, CIESAS, México, 1993).

³⁹ Anna-Liisa Närvänen y Elisabet Näsman, “Childhood as Generation or Life Phase?”, *Young*, Sage Publications, 2004.

de la prevalencia en la década de 1960 de un modelo tradicional de familia donde, como es ampliamente conocido, no sólo el hombre era el proveedor económico y la mujer la esposa-madre-ama de casa, sino que implicaba casi necesariamente una dinámica bastante vertical e impositiva de los adultos hacia los niños.⁴⁰ Con todo, las mujeres que escribieron estos fragmentos autobiográficos, así como muchas de sus contemporáneas, pertenecen a una generación que puede caracterizarse precisamente por haber logrado transitar de ese modelo familiar autoritario a encuadres más liberales que tal vez fueron posibles, entre otras cosas, por haber alcanzado niveles de escolaridad muy superiores a los de sus madres⁴¹ y por haber acudido masivamente a los mercados de trabajo en las décadas de 1970 y 1980.

Por otra parte, aunque los relatos que aquí se presentan no son ejemplo de infancias en situación de vulnerabilidad extrema, asumiendo por supuesto que tal condición provoca una marca muy probablemente indeleble para el resto del curso de vida, sí se puede decir que se trata de “experiencias que son biográficamente significativas”⁴² como las propias narrativas lo denotan. Más específicamente, nos hablan de una infancia *chilanga* y clasemediera cuyas experiencias, por lo menos en el tema acotado de las vacaciones infantiles, seguramente pueden ser muy fácilmente identificadas y compartidas por muchos de aquellos niños y niñas de la década de 1960 que ya habían nacido en la Ciudad de México, aunque era muy probable que sus padres y abuelos fueran oriundos de cualquier parte de la geografía nacional. Este hecho nos lleva a otro elemento contextual importante para aquellos años: el fenómeno mismo de “salir” de vacaciones⁴³ y la experiencia incluso

⁴⁰ Aunque más plenamente identificada con la primera mitad del siglo XX, en la década de 1960 todavía era común la idea de que “la mujer es la compañera y madre de familia; los niños sólo deben obedecer y merecen poca confianza”. Valentina Torres Septién, *La educación privada en México, 1903-1976*, El Colegio de México, México, 1998, p. 256.

⁴¹ En el caso del taller de escritura autobiográfica previamente mencionado, dentro del cual se han producido los dos relatos incluidos en el presente artículo, todas sus integrantes cuentan con estudios universitarios, y algunas con posgrados.

⁴² Norman Denzin, “Researching alcoholics and alcoholism in American society”, Antony J. Puddephatt, William Shaffir y Steven W. Kleinknecht (eds.), *Ethnographies Revisited*, Routledge, 2009, p. 158.

⁴³ No es posible en este momento desarrollar el tema, baste pues con señalar que lo que ahora nos resulta tan familiar al utilizar el vocablo vacaciones tiene toda una historia que, en parte, está asociada con los calendarios escolares v.s. los periodos en los que no había clases, y también con el trabajo asalariado. En el caso de México fue apenas en la década de 1930 que se creó una Ley Federal del Trabajo donde se asentaba como un derecho el tener periodos en los que no se tenía que ir a trabajar pero que sí eran pagados con el mismo salario acordado. También resulta importante señalar que el disfrutar de periodos de vacaciones tiene una estrecha relación con la distinción por

educativa que representaba para los menores, aunque de esto último no se tuviera mucha conciencia. De manera más pragmática se puede decir que en México, en la década de 1960, había dos grandes opciones para las vacaciones familiares: una era ir a pasar los periodos vacacionales a aquellos pueblos o ciudades medias donde el padre y la madre aún tenían parientes, abarcando éstos desde los más cercanos, como los abuelos, hasta los relativamente más lejanos, como los compadres. La otra opción, tal vez más “cosmopolita” y que años después sería asociada con el fenómeno del turismo,⁴⁴ era no sólo ir a la playa sino a dos lugares por excelencia: Acapulco y el Puerto de Veracruz.

LAS PLAYAS MÍTICAS. MARCELA GUIJOSA

Cuenta la leyenda que yo estuve en Acapulco a mis tres meses de edad. El viaje, en el potente coche último modelo de mis padrinos, fue largo y difícil, porque en 1950 creo que todavía se tenía que atravesar algún río en panga. Fueron muchas horas en el calorón, pero yo no padecí de sed porque mi madre me amamantaba en el camino. Dicen que nos hospedamos en el Hotel Papagayo, y que en las tardes mi mamá me bañaba en el lavabo para quitarme las enormes cantidades de arena que tenía metida hasta en las orejas.

Después no volví a Acapulco durante varios años.

Más bien íbamos a Veracruz. Fuimos en muchas ocasiones durante mi infancia, y creo que alguna vez nos hospedamos en el Hotel Mocambo, blanco y majestuoso, que tenía ventanas circulares adornadas como ruedas de timón, pero no recuerdo mucho más. En realidad en la mayoría de esos viajes fuimos alojados en casa de los Viades, porque mi tío

clases sociales, por ejemplo, en términos generales, durante el siglo XIX las vacaciones representaban un privilegio de la élite europea y durante el siglo XX las clases medias estadounidenses tuvieron acceso de manera generalizada a estos periodos de descanso. Entre otros, puede consultarse el libro *Working At Play: A History of Vacations in the United States*, de la historiadora Cindy Aron (Oxford University Press, 1999) y el artículo de John Walton, “Histories of Tourism” contenido en el *Sage Handbook of Tourism Studies*, 2009.

⁴⁴ En la década de 1960 el turismo en México, entendido como desplazamientos masivos a destinos internacionales, era aún bastante limitado. Esta temática actualmente es motivo de interés por parte de las ciencias sociales, entre otros puede consultarse la obra del conocido sociólogo inglés John Urry, quien desde la década de 1990 ha producido libros como *The Tourist Gaze*, ([1990] 2002) y *Touring Cultures*, (1997). Sólo para dejarlo asentado, otra posible puerta de entrada al análisis tanto del turismo como de las vacaciones es aquella que toma como eje el tiempo libre; para el caso de México véase Elsie McPhail, *Voy atropellando tiempos. Género y tiempo libre*, UAM-Xochimilco, México, 2006.

Antonio, español él, primo de mi papá, vivía y trabajaba en ese tres veces heroico puerto. La familia –mis tíos y mis cuatro primos, todos mayores que yo– habitaba en una casita amplia y fresca en Altamirano 6, altos, muy cerca de la playa de Villa del Mar, y le daba hospedaje a toda la parentela en cada verano y en muchos diciembres.

Casi siempre fuimos en el legendario Chevrolet 52, el coche de mi papá (ojalá y no nos toque niebla en las Cumbres de Acutzingo); pero alguna vez mi mamá, mis hermanos y yo tomábamos el ADO y mi papá nos alcanzaba al final de las vacaciones. A veces iban varias familias, porque encuentro muchas fotos con mi abuelita, mis otros tíos y tías, mis otros primos y me pregunto dónde se hospedaría ese gentío.

Noches amontonadas bajo los ventiladores, niños de dos en dos, colchones en la sala. Idas bulliciosas a Villa del Mar a pie, cargados de toallas, pequeñas llantas salvavidas y bolsas varias, ya con trajes de baño desde la casa. Yo feliz en la contemplación del mar y en la alegre chorchá, practicando mis entradas tímidas, miedosas siempre, a brincar las olitas de la orilla. Caminatas a buscar conchitas y caracoles. Enterrar a alguien en la arena, construir castillos, encontrar cangrejos. No mucha natación; yo nunca aprendí a nadar bien y siempre le he tenido enorme respeto al mar. Pero mucho tendernos al sol para quemarnos, previa untada de aceite de coco o de CocaCola: era padrísimo regresar a vanagloriarnos muy negras a México. Además, había que esperar varias horas para mojarnos porque primero teníamos que hacer la digestión.

Alguna vez, en el coche, íbamos a Mocambo. Los coches se estacionaban en la arena, bajo alguna palmera. Pero al meternos al mar teníamos que tener más cuidado porque en esta playa había traicioneras “pozas”. Y también se rumoreaba que había tiburones. Oímos alguna vez la historia del jesuita que se quedó subido en una boya toda la noche, rodeado de hambrientos escualos, hasta que lo rescataron al otro día. Y supimos de otros, devorados y desaparecidos, a los que nadie pudo rescatar. Tiempo después creo que pusieron una red metálica para que los tiburones no se pudieran acercar tanto.

No íbamos a Mandinga a comer camarones, no íbamos en la noche a ver bailar el danzón, no contratábamos a ningún grupo de sones jarocho. La vida era principalmente familiar, comidas caseras, reunión continua de gritos y risas, juegos de baraja y damas chinas en la tardecita y bromas de mis primos, quienes en las noches hacían travesuras varias como poner hilos atravesados en los pasillos para que el incauto que se levantara al baño se tropezara.

Cuando estaba mi papá, íbamos de paseo, seguramente porque ya con varios coches cabíamos todos. San Juan de Ulúa, impresionante y terrible –y esta es la celda donde estuvo preso Chucho el Roto. Paseos por el malecón, oyendo las explicaciones de cómo entran los barcos al puerto, increíblemente guiados por los pequeños barquitos llamados “los prácticos”. También recuerdo caminatas por “el muro norte”, un largo camino de piedra con el mar a ambos lados –de un lado agitado, del otro lado tranquilo– que terminaba

en un pequeño faro. Ahí aprendí que unos brillantes ingenieros, mexicanos, decía mi tío, habían diseñado unas piezas enormes de concreto, con cuatro patas, que se amontonaban a los lados de este muro, porque era lo único que duraba y resistía a los embates del mar. Alguna vez, estando ahí durante un “norte”, el aire fuertísimo casi nos llevaba...

Lo que era muy principal, emblemático e ineludible era el Café de la Parroquia. Mi padre no podía faltar ni un solo día. Disfrutaba enormemente de todo el ritual del café “lechero” –las cucharas sonando contra el vaso para llamar al mesero que te servía la leche, quien hacía un impecable malabarismo con la gran jarra levantada y echando el chorro desde lejos al vaso sin tirar ni una gota. A los niños nos encantaba pedir “platillos voladores”, unos sándwiches asados en un aparato especial. Ir a la Parroquia era una celebración sagrada, era el clímax de cualquier viaje a Veracruz. Ir a la Parroquia era más importante que ir al mar.

Pero una vez, a mis nueve o diez años, también fuimos a Acapulco, también en el Chevrolet de mi papá. Seis o siete horas de camino, con periódicos doblados en la panza, debajo de la camiseta, para que no nos mareáramos. Funcionaba mejor que la Dramamina. Yo nunca me mareé, pero mi hermana Susana siempre. Muy amenazados desde la casa para que hiciéramos pipí antes de salir, porque “no me voy a parar”. Jamás se detuvo en Tres Marías ni en ningún puesto de fritangas. Pero sí se detenía a tomar un café donde a él se le antojaba (Iguala, Chilpancingo). Tal vez necesitaba echar gasolina y aprovechaba para el café. (Y nosotros para el baño).

¿Comíamos en el coche? Tal vez algunos sándwiches, tal vez agua de limón, pero pobres de nosotros si ensuciábamos el asiento o el piso. Cantábamos “Había una vez un barco chiquito” y algunas canciones rancheras. Nos dormíamos, nos despertábamos, sudábamos, nos peleábamos, preguntábamos mil veces cuánto falta. A ver quién ve primero el mar.

Y la emoción de llegar y contemplar esa bahía hermosísima, con ese Océano Pacífico tan azul, más *technicolor* que el mar de Veracruz, y después constatar que aquí había una arena diferente, más bonita, gorda, dorada, tan distinta de aquella veracruzana tan fina y tan negra, y aprender que las playas acapulqueñas no eran tan extendidas sino más peligrositas, porque de repente ya no pisabas.

Y nos hospedamos ¡en un hotel! Seguramente fue el primer hotel de mis recuerdos. Nunca jamás, ni cuando mis amigos ricos me invitaron a Las Brisas, ni cuando estuve en los lujosos departamentos de hace cinco años, con sus ventanales panorámicos al mar, disfruté tanto como en aquel Hotel Leighton, de medio pelo, bastante lejano de la playa. Todo era maravilla. Todo con signos de admiración. ¡Un cuarto para nosotros solos! ¡Tiene alberca! Cada desayuno era una fiesta, descubriendo la papaya ¡roja! y asombrándonos con esos cerros enormes de “jo-quéis”, como decía la mesera mulata cada mañana en el restorán del hotel. Cumplimos con todos los ritos: ir a la Roqueta, ver el burro de las cervezas, nadar con cuidado en Caleta, o mejor en Puerto Marqués, y nunca meterse al

Revolcadero, porque es mar abierto; beber agua de coco con un popote y luego comerse el coco; ir a ver la puesta del sol en Pie de la Cuesta, ir a la Quebrada, pasear una tarde en el Yate Fiesta... En las noches, las curaciones con vinagre para las espaldas ardidadas, y el domingo padecer el horror de una misa de doce, sudorosos y amontonados, en la espantosa catedral.

Años después iríamos a Acapulco varias veces, a aquel “búngalo” que le prestaban a mi papá. Seguramente yo ya estaba en prepa o en la universidad, porque recuerdo alguna fotografía en donde luzco orgullosa mi bikini y en donde seguramente tengo la panza untada de *Coppertone*. Los viajes familiares al puerto jarocho se acabaron: a mi tío lo cambiaron de ciudad y la familia se mudó a vivir a México.

En mis sesenta años de vida he ido muchas veces después, tanto a Acapulco como a Veracruz, siempre ilusionada y feliz de volver. Viajes juveniles, viajes con mis propios hijos, viajes en mi mediana edad. He regresado muchas veces al Café de la Parroquia y muy pocas a Pie de la Cuesta. Me he vuelto a meter al mar, con mucho cuidado, en la playa de Mocambo y hasta en el Revolcadero. He comido mariscos en restaurantes lujosos y en otros rústicos, bajo alguna palapa. He viajado a ambos lugares en autobuses, en chocho, en camionetas muy cómodas y muy modernas; una vez en el tren jarocho y varias en aviación.

Pero estos otros viajes siempre han tenido algo de peregrinación, de regreso al paraíso original. Todos mis mares posteriores están teñidos del resplandor de aquellos mares y de aquellas playas primeras, con sus conchitas, con sus arenas negras o doradas. Y ningún transporte me ha llevado con tanta felicidad como el coche de mi papá, el espacio más seguro del mundo.

UN ENCUENTRO INOLVIDABLE. MARÍA TERESA BARREIRO

Siempre hay una primera vez para todo en esta vida. Pero cuando se juntan varias “primera vez” en un solo episodio, éste resulta ser algo inolvidable. Ese es el caso de aquel viaje a Veracruz para asistir a las bodas de plata de mi tío Carlos y mi tía China (nunca supe cómo se llamaba). Fue la primera vez que viajé en tren, que me mecí en una hamaca, que me paré en la cubierta de un trasatlántico y... ¡que me encontré con el mar!

Todo empezó cuando mi tía Lucero nos recogió a mi hermana Luzma y a mí, en aquel Chevrolet verde, modelo cincuenta y tantos, para llevarnos a la estación de Buenavista, donde nos esperaban mis tíos Pancho y Lolita, con los que viajaríamos. No recuerdo por qué mis papás no fueron, seguro fue porque tenían mucho trabajo, o porque no podían cargar con todo el familión que éramos ya desde entonces. Estábamos elegantísimas con una boinas blancas tejidas a ganchillo que nos hizo no sé que tía, pues en aquel tiempo se iba de sombrero para viajar en tren. Por fin llegamos a la vieja estación de trenes. Había

un hormiguero humano, un ruido ensordecedor y un olor como a humo. Encontramos a mis tíos y nos trepamos a uno de los tantos vagones de primera clase.

Llegó el momento esperado, sonó un silbato y aquella serpiente de hierro empezó a moverse. Luzma y yo pegamos las narices a la ventana y vimos alejarse la estación, luego la ciudad, y al fin el paisaje donde los árboles, las casitas, los sembradíos, las montañas desfilaban ante nuestros asombrados ojos. Nos la pasamos recorriendo curiosas los pasillos y cometimos la osadía de pasarnos de vagón en vagón. Recuerdo que en las plataformas de enlace entre dos unidades, donde el viento, el movimiento y el rechinar de metales eran más fuertes, la emoción y también un poco de temor subían de tono. Todo iba muy bien hasta que mi tío nos alcanzó y nos hizo regresar a nuestros asientos.

Empezábamos a aburrirnos, cuando pasó un tipo morenito y chaparrito uniformado de blanco, anunciando con un xilófono, que ya podíamos pasar al carro comedor. Como yo no imaginaba que existiera tal maravilla, me sorprendí mucho al llegar a un restaurante trepidante, con pequeñas mesas alineadas, con manteles blancos y un olor que abría el apetito. No recuerdo qué comimos, pero se me quedó muy grabado que el agua en los vasos se movía al vaivén del tren.

Al fin llegamos a nuestro destino, donde otro de mis numerosos tíos nos esperaba para llevarnos al hotel Villa del Mar, uno de los más tradicionales en el Veracruz de la época. Otra “primera vez”: hospedarme en un hotel. A pesar de que estaba cansada del viaje, en la noche no pude dormir; me la pasé analizando las sombras desconocidas y oyendo la música guapachosa que se colaba desde el balneario de enfrente.

La fiesta de las bodas de plata no fue nada memorable, era una reunión de adultos muy concurrida donde los niños seguramente anduvimos corriendo en parvadas y comiéndonos las botanas. Lo único que recuerdo es que en el patio había unas hamacas donde los primos jarochos se sentaban, se acostaban y se mecían. Parecía tan fácil y tan sabroso que no dude en intentarlo. Enseguida me di cuenta de que tenía su maña, y esa “primera vez” de la experiencia costeña de mecerse en una hamaca, por poco me cuesta un porrazo en el suelo, pero una vez que le agarras el modo: ¡ah que rica manera de aislarte del mundanal ruido y echar la flojera!

Al puerto de Veracruz llegaban enormes trasatlánticos de carga o de pasajeros, provenientes de varios puertos de Europa, principalmente de España e Italia. No a cualquiera lo dejaban visitarlos, pero nosotras no éramos cualquiera, teníamos influencias con el Capitán de Puerto, conocido de mi primo Poncho, quien estudiaba para marino mercante. Y ya estuvo: al día siguiente ya estamos trepando por la escalerilla de un enorme barco de bandera española, creo que era el Covadonga, conducidas por un guapo y castizo marinero que nos mostró desde el mal oliente cuarto de máquinas hasta el lujoso camarote del capitán. Yo me sentía como en una película y casi me parecía escuchar los nostálgicos cantos de los emigrantes que venían hacinados en segunda clase. De pronto asomó un

marinero tras una puerta y le hizo señas a mi tía: *Señora, acérquese reina mora, venga, venga, traigo mantones y mantillas legítimas de Sevilla, muy baratas, véalas sin compromiso*. Y claro que caímos en la tentación de la fayuca; con el dinerito que me había dado mi papá, la colaboración de mi tía y regateando con el simpático andaluz, me alcanzó para un triángulo de encaje que usé hasta que abolieron la costumbre de cubrirse la cabeza para entrar a la iglesia, y que conservé como un recuerdo de aquella primera vez que me paré en la cubierta de un enorme barco que venía de tan lejanas tierras trayendo maravillas de ultramar.

Desde el día en que llegamos, cuando el portero de la estación de ferrocarril gritó: *Veracruz, destino final*, yo empecé a mirar por todas partes buscando el ansiado mar. Circulando por el malecón, rumbo al hotel, por fin se presentó ante mi vista aquella inmensidad infinita entre azul, verde y gris, con listones blancos de espuma. Me dieron ganas de bajarme del coche y correr a saludarlo de cerca y constatar que era real y que no estaba viendo una tarjeta postal. Por fin se llegó el día en que mi tío anunció: *Niñas, vamos a la playa con sus primos*. Yo corrí a ponerme mi nuevo traje de baño de faldita y mis sandalias playeras y me preparé con mucha emoción para el gran encuentro.

Y se dio aquella primera vez que, a mis escasos diez años, me encontré frente a frente con un trozo del océano Atlántico, sentí su tibieza sobre mis pies, su fuerza sobre mi espalda, su sabor salado en mi boca, su arena en mis manos y sí, tuve un poco de miedo. Pero no sé por qué, presentí que había conocido a un amigo que sería muy importante en mi vida.

CONSIDERACIONES FINALES

El propósito más general que ha inspirado todo este texto es insistir en la pertinencia de utilizar diversas formas de generación de conocimientos y diferentes modalidades de presentación de resultados dentro de las ciencias sociales y las humanidades. Dicho de otra forma, se trata de impulsar la *praxis* de una verdadera interdisciplinariedad que respete y valore en igualdad de condiciones una amplia gama de posibilidades epistemológicas y metodológicas. Quiero dejar claramente establecido que de ninguna manera estoy en contra de la enseñanza de los cánones tradicionales de los protocolos de investigación, es más, me parece indispensable que los estudiantes de las licenciaturas y los posgrados en ciencias sociales y humanidades aprendan tales modelos y, más bien, estén capacitados para ejercer un pensamiento multidimensional. La llamada investigación narrativa –al igual que cualquier enfoque teórico y metodológico– será de mayor o menor utilidad dependiendo de aquello de lo cual se quiera dar cuenta; como se ha señalado en el texto,

para abarcar los ámbitos subjetivos y, sobre todo, los procesos que derivan en el “hacer sentido”, este tipo de aproximación resulta muy conveniente.

Una breve narrativa autobiográfica por supuesto no busca abarcar “toda” la vida de una persona; es más, ninguna elaboración de este tipo se plantea que esto sea posible ni, por lo tanto, un ideal a alcanzar. En este sentido, “las formas autobiográficas y biográficas, como todas las formas de escritura, son siempre producciones literarias incompletas”.⁴⁵ Además, en el caso de las narrativas que se han presentado, sobre todo para la segunda, viene totalmente a colación la idea de que un texto autobiográfico puede referirse a “una rebanada de tiempo muy pequeña y [a] un evento muy particular”.⁴⁶

En los dos relatos se puede identificar a las vacaciones como espacios de socialización que no forman parte de la cotidianeidad pero que pueden resultar tan o más importantes que las actividades que conforman la rutina diaria. Por supuesto, destaca la familia, nuclear y extensa, como la consabida unidad primaria y, aunque tal vez un tanto tangencialmente en los relatos mismos, puede apreciarse la vigencia de los roles de género estereotipados: los padres y las madres llevan a cabo actividades diferentes e identificadas como masculinas (los padres son los que manejan los automóviles y toman decisiones) y femeninas (las madres siguen ejerciendo sus actividades de cuidado de los infantes).⁴⁷ Los viajes familiares a la playa, en la década de 1960 y, específicamente, para los hogares de sectores medios en la Ciudad de México, también representaban una especie de indicador de estatus social puesto que denotaba que el hombre-jefe del hogar-proveedor contaba con un poder adquisitivo suficiente como para poder darse ese lujo. De esta manera, también puede ubicarse este artículo dentro de una línea de investigación relativamente reciente que busca analizar la intersección entre turismo e historia familiar.⁴⁸ El emblemático acto de “conocer el mar” para todos aquellos que vivían en la Ciudad de México y, como se comentó en el texto, específicamente para el caso de la generación a la que aquí se ha hecho referencia, o sea, aquella que vivió su infancia en la década de 1960, seguramente constituye una experiencia muy similar para la mayoría de los que conforman esa cohorte, teniendo presente, por supuesto, que la diversidad existe.

⁴⁵ Norman Denzin, *Interpretive Biography*, Qualitative Research Methods, Sage, California, 1989, p. 24.

⁴⁶ Jean Clandinin y Michael Connelly, *Narrative Inquiry. Experience and Story in Qualitative Research*, Jossey-Bass, San Francisco, California, 2000, p. 101.

⁴⁷ “[...] en los periodos vacacionales [...] se intensifican las labores para las mujeres, ya que [no] se ha socializado en los varones el hábito de supervisión y cuidado de los hijos”. Elsie McPhail, *Voy atropellando tiempos. Género y tiempo libre, op. cit.*, p. 245.

⁴⁸ Véase Carla Almeida y Yan Grace, “Genealogical Tourism: A Phenomenological Examination”, *Journal of Travel Research*, 2010.

Por lo que respecta a la temática que abordan los ejemplos narrativos presentados en este artículo, o sea, la de las vacaciones infantiles, acotada histórica, social y espacialmente, como bien señala uno de los especialistas mundialmente reconocido que se ha dedicado a este fenómeno, “en vez de ser un tema trivial el turismo es significativo por su capacidad de poner de manifiesto aspectos de las prácticas normales que de otra manera permanecerían opacas”.⁴⁹ En todo caso, la temática abordada se puede enmarcar, por lo menos, en dos vertientes, una es la que propone el mismo John Urry⁵⁰ al considerarla como parte de lo que, durante décadas, se denominó *deviance studies* y que desde hace décadas no sólo ha estado presente en la investigación social sino que tal opción desde hace mucho ha sido reconocida más bien como el estudio de lo no ordinario o estadísticamente minoritario y, además, como una fuente privilegiada de nuevos conocimientos. La otra posibilidad es considerar las narrativas referidas a una infancia no vulnerable en extremo, no depauperada sino, por lo menos en los pasajes referidos, inserta en redes familiares solidarias y formadoras, aunque no exentas de desigualdades (por ejemplo por género), como una contranarrativa⁵¹ que se aleja del imperativo que a veces parece caracterizar a las ciencias sociales para ocuparse sólo de aquellos fenómenos considerados como “problemas sociales”.

⁴⁹ John Urry, *The Tourist Gaze*, Sage, [1990] 2002, p. 2.

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ Para una discusión entre diferentes autores en torno a los varios significados que le pueden adjudicar el término de contranarrativas, véase Michael Bamberg y Molly Andrews (eds.), *Considering Counter-Narratives. Narrating, resisting, making sense*, John Benjamins Publishing Company, Amsterdam/Philadelphia, 2004.

BIBLIOGRAFÍA

- Almeida, Carla y Grace Yan, "Genealogical Tourism: A Phenomenological Examination", *Journal of Travel Research*, 49(1), Sage Publications, 2010.
- Aron, Cindy, *Working At Play: A History of Vacations in the United States*, Oxford University Press, 1999.
- Azaola, Elena, *Los niños de la correccional: fragmentos de vida*, CIESAS, México, 1993.
- , *Infancia robada. Niñas y niños víctimas de explotación sexual en México*, UNICEF/DIF/CIESAS, México, 2000.
- Ariés, Philippe, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Taurus, Madrid, 1987.
- Bamberg, Michael y Andrews, Molly (eds.), *Considering Counter-Narratives. Narrating, resisting, making sense*, John Benjamins Publishing Company, Amsterdam/Philadelphia, 2004.
- Blanco, Mercedes, "La autoetnografía como escritura terapéutica: adiós al cigarro", Carolina Martínez Salgado (comp.), *Por los caminos de la investigación cualitativa. Exploraciones narrativas y reflexiones en el ámbito de la salud*, División de Ciencias Biológicas y de la Salud, UAM-Xochimilco, México, 2010.
- , "¿Autobiografía, relato de vida o autoetnografía?" (en dictamen), *Desacatos. Revista de Antropología Social*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 2010.
- , "Expulsión del paraíso: estudio de caso de una trayectoria laboral femenina heterogénea entre las clases medias" (en dictamen), Ma. Eugenia de la O. (coord.), *Mujeres y diversidad laboral en México*, Universidad de Guadalajara.
- , "Trayectorias laborales y cambio generacional: mujeres de sectores medios en la Ciudad de México", *Revista Mexicana de Sociología*, año LXIII, núm. 2, abril-junio, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, 2001.
- Bowman, Wayne, "Why Narrative? Why Now?", *Research Studies in Music Education*, Sage Publications, 2006.
- Clandinin, Jean (ed.), *Handbook of Narrative Inquiry: Mapping a Methodology*, Sage Publications, 2007.
- Clandinin, Jean y Connelly, Michael, *Narrative Inquiry. Experience and Story in Qualitative Research*, Jossey-Bass, San Francisco, California, 2000.
- Clandinin, Jean, Pushor, Debbie y Murray Orr, Anne, "Navigating Sites for Narrative Inquiry", *Journal of Teacher Education*, Sage Publications, 2007.
- Connelly, Michael y Clandinin, Jean, "Stories of experience and narrative inquiry", *Educational Researcher*, 19(5), 1990.
- , "Narrative Inquiry", J.L. Green, G. Camilli y P. Elmore (eds.), *Handbook of complementary methods in education research*, Lawrence Erlbaum, Mahwah, Nueva Jersey, 2006.
- Denzin, Norman, *Interpretive Biography*, Qualitative Research Methods, vol. 17, Sage Publications, Thousand Oaks, California, 1989.
- , "Apocalypse Now. Overcoming Resistances To Qualitative Inquiry", *International Review of Qualitative Research*, vol. 2, núm. 3, noviembre, Left Coast Press, Walnut Creek, California, 2009.

- , “Researching alcoholics and alcoholism in American society”, Puddephatt, Antony, Shaffir, William y Kleinknecht, Steven (eds.), *Ethnographies Revisited: constructing theory in the field*, Routledge, Nueva York, 2009.
- Denzin, Norman y Yvonna Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Sage Publications, Thousand Oaks, California, 1994.
- , *Handbook of Qualitative Research*, Sage Publications, Thousand Oaks, California, 2000.
- , *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Sage Publications, California, London, New Delhi, 2003a.
- , “Introduction: The Discipline and Practice of Qualitative Research”, Denzin y Lincoln (eds.), *Strategies of Qualitative Inquiry*, Sage Publications, California, Londres/Nueva Delhi, 2003b.
- , “Evolution of Qualitative Research”, *The Sage Encyclopedia of Qualitative Research Methods*, Sage Publications, 2008.
- Ellingson, Laura, *Engaging Crystallization in Qualitative Research*, Sage Publications, Thousand Oaks, California, 2009.
- Ferraroti, Franco (1983), “Biografía y ciencias sociales”, *Cuadernos de Ciencias Sociales 18. Historia oral e historias de vida*, Flacso, San José, Costa Rica, 1988.
- Georgakopoulou, Alexandra, “The other side of the story: towards a narrative analysis of narratives-in-interaction”, *Discourse Studies*, vol. 8 núm. 2, Sage Publications, 2006.
- Goodall, Harold Lloyd, *Writing Qualitative Inquiry. Self, Stories, and Academic Life*, Left Coast Press, Walnut Creek, California, 2008.
- Hammersley, Martyn, *Questioning Qualitative Inquiry: Critical Essays*, Sage, Londres, 2008.
- Haraway, Donna, “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”, *Feminist Studies*, vol. 14, núm. 3, otoño, 1988.
- , *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, Free Association Books, Londres, 1991.
- Henwood, Karen; Pidgeon, Nick; Parkhill, Karen y Simmons, Peter, “Researching Risk: Narrative, Biography, Subjectivity”, *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 11(1), art. 20 [<http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs1001201>], 2010.
- Iniesta, Montserrat y Feixa, Carles, “Historia de vida y ciencias sociales. Entrevista a Franco Ferraroti”, *Revista de Recerca i Formació en Antropologia. Perifèria*, núm. 5, diciembre, 2006.
- Kohler Riessman, Catherine, *Narrative Methods for the Human Sciences*, Sage Publications, Thousand Oaks, California, 2008.
- Lapadat, Judith, “Writing our way into shared understanding: collaborative autobiographical writing in the qualitative methods class”, *Qualitative Inquiry*, Sage Publications, 2009.
- Lieblich, Amia y Josselson, Ruthellen (eds.), *The Narrative Study of Lives*, vol. 5, Sage Publications, Thousand Oaks, California, 1997.
- McPhail, Elsie, *Voy atropellando tiempos. Género y tiempo libre*, UAM-Xochimilco, México, 2006.
- Massey, Doreen, “Negotiating disciplinary boundaries”, *Current Sociology*, octubre, vol. 47, núm. 4, Sage Publications, Thousand Oaks, California, 1999.

- Maynes, Mary Jo; Pierce, Jennifer y Laslett, Barbara, *Telling Stories. The use of personal narratives in the social sciences and history*, Cornell University Press, 2008.
- Närvänen Anna-Liisa y Elisabet Näsman, "Childhood as Generation or Life Phase?", *Young*, Sage Publications, 2004.
- Richardson, Laurel, "Writing Sociology", *Cultural Studies <=> Critical Methodologies*, Sage Publications, 2002.
- , "Writing. A Method of Inquiry", Denzin y Lincoln (eds.), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Sage Publications, Thousand Oaks, California, 2003.
- , "Writing Theory In(To) *Last Writes*", Puddephatt, Antony, Shaffir, William y Kleinknecht, Steven (eds.), *Ethnographies Revisited: constructing theory in the field*, Routledge, Nueva York, 2009.
- Stanley, Liz, "Madness to the method? Using a narrative methodology to analyse large-scale complex social phenomena", *Qualitative Research*, Sage Publications, 2008.
- The Personal Narratives Group (ed.), *Interpreting Women's Lives. Feminist Theory and Personal Narratives*, Indiana University Press, 1989.
- Torres Septién, Valentina, *La educación privada en México, 1903-1976*, El Colegio de México, México, 1998.
- Urry, John, *The Tourist Gaze*, Sage Publications, Londres, [1990] 2002.
- y Rojek, Chris (eds.), *Touring Cultures. Transformations of Travel and Theory*, Routledge, Londres, 1997.
- Walton, John, "Histories of Tourism", *The SAGE Handbook of Tourism Studies*, 2009.
- Webster, Leonard y Mertova, Patricie, *Using Narrative Inquiry as a Research Method. An introduction to using critical event narrative analysis in research on learning and teaching*, Routledge, Nueva York, 2007.



© 1944 F.C.X

Casi Plantas (1946)

Derechos reservados Fundación Pan Klub, Museo Xul Solar.